

LA MUJER

PERIODICO SEMANAL

HISTORIA, POLITICA, LITERATURA, ARTES, LOCALIDAD.

OFICINA:— IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO, CALLE DE MORANDÉ, 38.

AÑO I.

SANTIAGO, JUNIO 23 DE 1877.

NUM. 6

REDACTORA.

Señora Lucrecia Undurraga, viuda de Somarriva.

COLABORADORAS.

SANTIAGO.

Señora	Hortencia Bustamante de Baeza
"	Mercedes Rogers de Herrera
"	Enriqueta Calvo de Vera
"	Isabel Le-Brun de Pinochet
Sta.	Mercedes A. Latorre, viuda de G.
"	Enriqueta Solar Undurraga
"	Victoria Cueto
"	Elvira Meneses
"	Elisa Charlo
"	Antonia Tarragó
"	Rosa Z. Gonzalez

VALPARAISO.

Señora	Rosario Orrego de Uribe
"	Eduvijis Casanova de Polanco
Sta.	Rejina Uribe Orrego
"	Anjela Uribe Orrego
"	Dolores L. de Guevara
"	Adela Anguita

SAN FELIPE.

Señora Aurora Baratox de Arrieta
Sta. Enriqueta Courbis

SERENA.

Señora Mercedes Cervelló de A.

TALCA.

Sta. Emilia Lisboa

CURICO.

Sta. Carolina Olmedo

CHILLAN.

Señora Mercedes Maira de Moreno
Sta. Ercilia Gaete

RENGO.

Señora Clara Luisa Arriarán

COPIAPO.

Sta. Isabel Randolph

TALCAHUANO.

Sta. María Luisa Cerna

SUMARIO.—1.^o Editorial de *El Constituyente*.—2.^o Ilustración superior de la mujer, por la señorita Antonia Tarragó.—3.^o La mujer antigua i la mujer moderna, por la sta. Adela Anguita.—4.^o Poesía por la sta. Victoria Cueto.—5.^o Cartas a Hortensia por Raquel Soto Neri.—6.^o Una visita a la Casa de Providencia, por Mery.—7.^o Revista de la semana, por Safo.—9.^o El ramo de Violeta, novela original por la señora Lucrecia Undurraga, v. de S., folletín escrito expresamente para La Mujer.

LA MUJER.

(Editorial de *El Constituyente* del 11 de junio).

El tercer número del periódico "La Mujer," llegado el sábado, trae un abundante i escojido material. Lo que mas notable hai en él, es el editorial. Para que el público se forme una idea de lo que "La Mujer" quiere, hé aquí algunos de sus acápitones:

"Uno de los resultados mas perniciosos de la sujeción que hemos constatado, ha sido, a nuestro juicio, la adulteración del modo de ser de la mujer.

"Sería difícil, si no imposible, demostrar con exactitud la influencia que la costumbre de la obediencia ha ejercido en el desarrollo moral e intelectual de la mujer.

"La mujer es la flor arrebatada al aire puro i vivificante de su clima natal, lan-

guidiendo en el conservatorio bajo la atmósfera artificial con que los hombres pretenden devolverle lo que ha perdido.

"Es la castellana guardada en el vetusto torreon del pasado i guardada por un feroz cancerbero:—la ignorancia."

Hai aquí elevación de miras, pensamientos sublimes.

"Emancipación de la mujer," significa para nosotras la destrucción del ruinoso edificio i la muerte del terrible carcelero.

"Queremos que la hermosa prisionera respire con toda la plenitud de su escojida organización el soplo vigorizador del porvenir; queremos que sus facultades de ser inteligente se desarrollen libremente a impulsos de una enseñanza extensa i profunda.

"Queremos que la mujer tenga creencias, voluntad, aspiraciones i deseos propios; queremos, en fin, contemplar a la mujer en toda la majestad del ser, rei de la creación."

Lógica es la aspiración, lejítimo el deseo.

La mujer, con iguales dotes intelectuales que el hombre, ha vivido como planta exótica, guardada por un fanal que le impedia exhalar su perfume, que es su jenio, i ha estado sujetada por el oscurantismo a ser, no la compañera del hombre,, sino su esclava.

¿De dónde nace esta anomalía? La mujer, sér exquisito i sensible, debe salir de la prision, tomar una parte activa en la sociedad, i ayudar al hombre a encontrar el bien, por aquello de "cuatro ojos ven mas que dos."

Estamos acordes con "La Mujer" cuando dice, refiriéndose a la grita de los que ansian su enervamiento, que no debe salir mas allá del hogar:

"La mujer, colocada por su ilustracion en aptitud de comprender toda la importancia de su augusta mision, la aceptará penetrada de los altos i trascendentales deberes que ella impone, i sabrá llenarlos."

I cuando los fanáticos temen que la mujer se eduque, que comprenda su verdadera mision, oponen como razonamiento que se va a arrebatar a la niña su inocencia, su candor, i a convertirla en un ogro dispuesto a desquiciar la sociedad por su base.

Aquí "La Mujer" opone a su vez:

"Estos preciosos dones nacen de la pureza de conciencia i de la juventud, i no está en el poder de nadie arrebatarlos a la niña honrada i virtuosa."

¿Cómo refutar ésto?

Pero lo grande que hai aun, que consuela, que indudablemente hará de la mujer lo que Dios quiso que sea, es cuando dice:

"Le quitaremos, sí, su frivolidad i su aturdimiento, en lo que le habremos hecho un gran bien."

"La Mujer" viene a producir una revolucion, i ésta indudablemente nos traerá bienes inestimables.

ESTUDIOS SOCIALES

Ilustracion superior de la mujer.

(Continuacion .

IV

Bastaria la observacion de la naturaleza intelectual de la mujer i del hombre para concluir, que era un extravío, una preocupacion, un error, excluir al sexo femenino de tomar parte en las conquistas del mundo de las ciencias.

En vano se invocará la razon que limita los estudios científicos i literarios de la mujer en la naturaleza de sus facultades i aspiraciones, porque ellas son un solemne desmentido.

Este mal i sus consecuencias traen oríjen de la mezquindad o egoismo de las miras que se han tenido en vista para encadenar el vuelo de la inteligencia de la mujer.

Se creyó que así se la mantendría mas grande, mas digna i mas útil; pero todo ésto es el resultado de una extraña alucinacion. Tanto en la esfera intelectual del orden masculino como del femenino, hai sus jerarquias.

¿Condenamos al hombre que aspira a llegar a la cumbre del mundo intelectual?—Nó.

¿Por qué entonces condenaríamos a la mujer en su lejítima aspiracion a subir por los grados de la jerarquía intelectual a que pretende llegar por el esfuerzo de la contraccion

i trabajo, a ser una entidad prominente en los esplendores de la ciencia?

¿Habrá razon para negar la jerarquía intelectual a la mujer, como no la hai para negar la jerarquía intelectual al hombre?

V

La elevacion o engrandecimiento de la mujer en el rango que le corresponde, se armonizan con la dignidad de que debe estar siempre revestida para cumplir sus deberes.

Pregunto ahora: ¿qué constituye la dignidad de la mujer? Me parece que tanto en el hombre como en la mujer, la constituyen las virtudes que adornan el corazon i el espíritu.

La dignidad es, por tanto, la expresion de la moral, del bien, de la justicia.

La dignidad suprema es la perfeccion soberana.

La dignidad relativa en los seres creados es la aspiracion continua a reflejar en todos sus actos los rayos de la pureza i del bien infinito.

Siendo ésto así, la mujer bien cultivada o mas perfecta en el desenvolvimiento de su inteligencia, ¿tiene o no aptitudes mayores para practicar mejor que la desheredada de la ilustracion o de la ciencia, las leyes de la propia dignidad?

Si así no fuera, seria de todo punto verdadera la siguiente proposicion:

La mujer será tanto mas digna, cuanto mas se sumerja en las tinieblas de la ignorancia.

No importa que todas las mujeres no hayan recibido de la Providencia los favores para figurar en el teatro de las letras. Ni tampoco hace al caso que la mujer o muchas de ellas no cuenten con los elementos suficientes para cultivar los dotes de una inteligencia superior.

En el mismo caso, aunque en superior escala, se encuentran los hombres, sin que por eso se patrocine el sistema absurdo de que deben contentarse con las nociones que los hacen aptos para procurarse los elementos materiales del bienestar de la vida.

Queda, pues, sentado que no cae la mujer de la altura en que puede o debe colocarse, explotando los diversos dotes intelectuales de que se halla investida para desenvolverlas en el sentido necesario a su naturaleza.

Queda asimismo demostrado que la mayor ilustracion, léjos de espaciar sombras sobre la dignidad de la mujer, la rodea de luz i claridad para que marche sin tropiezo por la senda de la verdad i de la virtud.

VI

Veamos ahora otra faz de la cuestion. ¿Es perjudicial la ilustracion superior de la mujer, es inútil?

A primera vista parece inoficioso considerar la cuestion en este doble aspecto. Con todo, descendiendo de las rejonnes del idealismo, parece que aquí está el eje de la dificultad.

Nadie niega, a no ser que cierre los ojos a la luz de la razon, no solo el derecho que tienen, sino tambien el continente de luces que han traído al mundo de las letras las mujeres que, con jenerosos i combinados esfuerzos, se han labrado una posicion social, literaria o científica. La verdad, la belleza literaria i el progreso de las ciencias excitan simpatías a todos los que no pueden menos que regocijarse por los adelantos de la sociedad humana.

Todos, mas o menos, alaban o aplauden las obras literarias de las mujeres célebres que concurren al gran concierto de la ilustracion de las inteligencias.

¡Parece increíble, pero es la realidad! Llegando a los hechos, los mismos que aplauden i admirán los frutos de la inteligencia superior de la mujer, se desorientan i no ven sino inconvenientes i obstáculos de todo género para dar una palabra de aliento a las que se encuentran en circunstancias favorables para trabajar con luminoso éxito en los liceos o talleres del progreso humano.

ANTONIA TARRAGÓ.

(Continuará)

La mujer antigua i la mujer moderna.

¡Cuán larga historia de desprecio, de sufrimiento i de humillacion encerraba en pasados siglos esta sola frase:—«la mujer!» Cuán descuidada su educacion moral e intelectual! Esclava desde sus primeros años, la mujer yacia

inerte sin la vida de la inteligencia, acostumbrada a ser siempre dominada, siempre vasalla i nunca señora: humillada primero, envilecida despues, i todo ésto por su crasa ignorancia.

¡Ai! infeliz entonces la mujer. Sin esa libertad, que a toda criatura le es dado tener, no podia derramar lágrimas por su amarga desgracia, por su horrible esclavitud. No tenia ni aun derecho para quejarse: en resumen, en el exceso de su ignorancia, no encontraba motivo para ello.

Cuán felices debemos considerarnos ahora libres de ese pesado yugo! Por fin, podemos nosotras tambien ceñir la corona de la gloria. Podemos, sin escandalizar a la sociedad que nos rodea, dar libre curso a las impresiones de nuestro corazon, manifestarlas, escribirlas.

Demos una ligera mirada al *entonces* de la mujer i al *ahora*. Entonces, si pródiga la naturaleza la habia dotado de una brillante hermosura, tenia un solo camino fácil: la deshonra. Si carecia de estos dones, la miseria, el mas desesperante abandono. Si era madre, nacian i morian los hijos en la ignorancia, sin sociedad, sin felicidad, sin esa expansion del alma que da solo la ilustracion, sin amor a sus deberes, porque la mujer ignorante no puede ni sabe hacerlos cumplir. Entonces no podia acercarse el hijo a comunicar sus emociones, sus penas o sus alegrías a los que les dieran el sér, porque la ignorancia ponía entre ellos una valla insuperable. Entonces el hombre no era, como sér fuerte i robusto, el firme apoyo de la compañera de su vida, nó; la mujer entonces no era compañera sino esclava.

Hoi nó; hoi la mujer guarda en su rica imaginacion tesoros de inagotable elocuencia. Hoi, como entonces, nace la mujer destinada a cumplir mui sagrados deberes. Es niña: ¡cuánta felicidad encuentra la madre en enseñarle a modular las primeras frases! Con qué ansia febril espera la hora en que la niña se transforma en mujer, para transmitirle los ecos de su ilustracion!

Llega por fin esa hora: ¡con cuánta ternura, con qué exquisito tacto traza la mujer instruida el camino que su hija debe seguir para conservar su tesoro de virtud i de pureza! I con qué alegría inefable recibe la niña los dulces consejos de una tan virtuosa matrona,—palabras que son el eco de una alma enamorada.

Llega la hora en que la mujer debe asistir a los salones del gran mundo. Si es hermosa, de ojos láguidos, labios purpurinos i de blanco i sonrosado cútis, la mujer se ve rodeada, halagada, en una palabra, adorada; mas si a estas cualidades físicas, reune aquellas buenas cualidades que una madre instruida supo inculcar en su jóven corazon, el hombre la deseó, no ya para festejarla, para deslizar en su oido galantes lisonjas que profieren los labios, pero que no salen del corazon, sino para esposa, para digna compañera de su vida, para madre de sus hijos. ¡Con qué felicidad, con qué íntima satisfaccion da su nombre a aquella mujer que reune a su hermosura los tesoros de ilustracion! Con cuánta seguridad descansa en el escudo de virtud que proteje a su dulce compañera!

En este segundo estado es tan feliz como en sus primeros años.

La nieve de los años blanquea su cabeza, la edad ha marchitado la fresca hermosura de su rostro; pero ésto no la hace perder esa admiracion respetuosa que le tributan todos los que la rodean. Llegará dia en que por golpes desgraciados de fortuna, se verá pobre, aislada, abandonada por aquellos que rendian culto a sus riquezas; pero no por ésto la vereis desfallecer. Léjos de eso, ¡con qué júbilo desahoga entonces sus impresiones en el papel, ilustrando así su inteligencia i cobrando nuevos ánimos para seguir el difícil camino de la vida. Aquellas páginas empapadas con las lágrimas de resignacion de la mujer virtuosa, guárdalas como el avaro su tesoro. Esta es la mujer ilustrada, la que está mandada por Dios para ser el rayo de luz que ilumine la tenebrosa vida del hombre, la pura i sonrosada flor que perfume su existencia.

Veamos a la mujer en su otra fase. Tambien es hermo-

sa, de mirar ardiente i apasionado, de dulce sonrisa, de nacarado i transparente cútis; pero frívola, vanidosa i coqueta, no une a la hermosura del rostro, la hermosura i grandeza de alma que tiene la mujer ilustrada. Vereis a esta desgraciada precipitarse en la senda mas liviana, aunque sea la de la deshonra, porque no tiene esa resistencia, esa fortaleza, ese valor que presta un espíritu penetrado de los altos principios de la ciencia.

Ánimo, valientes matronas, que presentais a la mujer centro donde desarrollar las ricas producciones de su despejada inteligencia! Ánimo! i todas las mujeres, asociandonos, ayudaremos a sostener el glorioso estandarte que nos libera de tan ignominiosa esclavitud!

Ánimo! i un dia llegará en que la mujer será reina, no ya por la hermosura— flor perecedera—sino por la virtud i el talento,—dones preciosos que nunca se agostan!

ADELA ANGUITA.

Valparaiso, junio de 1877.

LITERATURA.

La Poesía.

Siendo la poesía la mas abstracta creación del pensamiento humano, que solo concebimos en los éxtasis mas sublimes del alma, no podrá el hombre definirla, pero sí cantarla.

¡Sublime Poesía,
Inspiradora madre de los jenios!
¿Qué te puede ofrecer la lira mia?

Yo no vengo a brindarte arrodillada
La victoriosa palma,
De ardiente inspiración la llama pura:
Solo puedo ofrecerte con el alma
Mi entusiasmo de fervida ternura!
En vano alzando a tí mi pensamiento,
Estremecida busco
De tí digna una voz, un sentimiento!

¿Quién eres, díme, errante Peregrina,
Que en la sombría eternidad avanzas,
I al jenio alumbras con tu luz divina
Nuevos mundos de amor i de esperanzas?

¿De dó vienes, lejana melodía,
Que nos embriagas en celeste encanto,
Del corazon insólita armonía
Que, entre vagos recuerdos,
Nos habla de otro sér sublime i santo?

¡Ah! tú eres la esperanza halagadora
Que alienta a la virtud i al heroísmo,
I que, consoladora,
Eleva hasta los cielos
El llanto del dolor, las oraciones,
I en dulce calma torna
La ansiedad tempestuosa i la agonía
Del alma que abrasaron las pasiones!

Eres tú, Poesía, quien revela
Al ser humano su inmortal destino
Al revelarle en el amor el cielo.
¡Eres el bien que en nuestroereal camino,
Llena del alma el infinito anhelo!

II

— «Dios es amor, amor es poesía,»
Ha cantado un poeta americano:
Ella es la lumbre que hacia Él nos guia;
Quizá es la fuente del saber humano.
La creación refleja su belleza,

Su destello fugaz al hombre alcanza;
I el pintor i el artífice,
Al impulso de la majia creadora,
Ven brotar de su mano embellecida
Divinizada la materia ruda,
Bañada en los reflejos de la vida.
Celeste emanacion del sentimiento,
Ella es la voz secreta
Que nos extásia en música armoniosa,
I ella es la voz consoladora i dulce
Que arrebata en la lira del poeta!

III

Sublime Milton, inspirado jenio,
Errante ciego de extranjeros lares,
Que de espinas ceñida
La laureada frente,
Cruzas cantando los airados mares:
¿Quién es, díños, la maga misteriosa
Que del ciego los pasos ilumina?
Quién te predice glorias
I el porvenir te muestra
Con voz solemne, maternal, divina?
Los misterios que el sabio no penetra,
Sondea audaz profética tu mente;
I del arte la chispa creadora,
Al irradiar en tu inspirada frente,
Abrasa tu alma en sacroso fuego.....
Tu alma llena de fe, que sufre i ama,
El laud inmortal empapa en llanto,
Besa la mano que la hiere aleve,
I cual eólica lira
Al viento da su enamorado canto!

Con tu voz melancólica i profunda
Pintaste la beldad de la natura;
I admiramos a ella en tus cantares,
Ya en la mañana transparente i pura,
O en el leve murmullo de la fuente
Do riel la melancólica la luna;
Ya la pintas terrifica i grandiosa
Al vago resplandor de los volcanes
Que estremecieran lugubres la tierra,
Cuando el rayo retumba por los bosques
Do espanden su furor los huracanes.

Así cantaste; i al oir tu acento
Las naciones al par se estremecieron,
Vibró tu voz en el callado viento
I otras sombras augustas respondieron:
Virjilio, Homero, Dante,
Que unieron a tu voz su voz gloriosa
I de otra vida ideal los nuncios fueron.

IV

Yo te he sentido, celestial anhelo!
De mi alma fuieste la pasion primera,
I en dorados mirajes me mostrabas
De eternas dichas juvenil quimera!
I trayéndome dulces impresiones,
He visto tu romántica belleza
En las flores del campo,
En la trémula luz de las estrellas,
En la profunda, poética tristeza
Que da la tarde moribunda i bella,
I cuando ya la tierra abandonaba
Sus pompas i sus flores;
Tambien doliente en ella le veian
Mis sueños dolorosos...
Silbando entre las ramas ya desnudas,
Los vientos de la noche me traian
Fatídico el rumor de tus sollozos;
I si entonces fatal presentimiento
Vino enlutado a destrozar el alma,

En nuevas misteriosas ilusiones
Tú me volviste la dichosa calma,
Me dejaste escuchar tu acento amigo,
I en medio de las sombras,
Bajaste aquí para cantar conmigo!

Sí; a mí volviste. Ya despues tornaron
La feraz primavera i sus perfumes,
Las aves sus cantares ensayaron,
De galas se cubrió el bosque sombrío.
Así, arjentando los dormidos mares,
Poblando de murmullos la natura,
El sol al despuntar en el oriente,
Borra las nieblas de la noche oscura.

¡Oh! si al alma del hombre así volvieran
De un ya pasado sol las tristes glorias;
Si extáticas de nuevo nos sonrieran
Las ambiciones que en paz nos halagaron,
Volviéndonos la fe que nuestras madres,
En la cándida cuna,
Con su beso de amor nos regalaron!
La Poesía entonces
Fuera el ideal que figuró la mente,
El ángel celestial de la esperanza
Que a coronar viniera nuestra frente!

VICTORIA CUETO.

Santiago, junio de 1877.

A Vicente R. Jordan.

SONETO.

A tí, que de la gloria has conquistado
El laurel inmortal por tu grandeza;
Que en el *Adios al Plata*, tu destreza,
Portento inmarcesible has demostrado;

A tí, que en Copiapó nos has dejado
Recuerdos de tus dotes i belleza,
Te canto yo.... Perdon, ¡ai! mi rudeza
Sin duda tu reposo ha perturbado.

No te fijes, por Dios, en mis cantares,
Tan faltos de armonía, de consuelo,
Tan llenos de tristeza, de pesares;

Pero no olvides que en mi caro suelo,
Cuando te encuentres en lejanos mares,
Un alma implora tu favor al cielo!

DELFINA MARÍA HIDALGO.

Copiapó, mayo 30 de 1877.

(De *El Constituyente*.)

Cartas a Hortensia.

Con vivos traspertos, mi querida Hortensia, he recibido
vuesta carta, con tanto anhelo esperada; i su tono valiente
i chistoso ha sido para mí un eficaz reactivo, infundié-
do aliento i trayendo un rayo de alegría a mi abatido
espíritu.

Os doi gracias por haber acudido en mi auxilio, pues
harto lo necesito. Siéntome sucumbir ántes del combate;
no tengo fuerzas ni voluntad para entrar en lucha contra
las preocupaciones, i desafiar la opinion que las acata.
Pretender ésto, seria lo mismo que intentar detener una
avalancha que se derrumba al ímpetu del vendaval.

¿Cómo quereis, amiga mia, que no me amedrenten los
rujidos del aquilon, si, como lo habeis dicho, al igual de
la sensitiva, yo me doblego al mas leve soplo de la brisa?

Ah! trasmítidme una chispa del ardiente entusiasmo que os inflama, comunicándome un átomo de esa valentía que os distingue, i entraré animosa a defender los derechos hollados de la mujer. Mientras no se verifique tal transformación, seré ciertamente una espectadora interesada, mas no tomaré una parte activa en la cruzada que las colaboradoras de «La Mujer» han iniciado, con el fin—reprobado para unas, laudable para otras—de romper las trabas que las sujetaban i mantenían en un estado de vergonzoso atraso.

Ya me figuro, mi querida, el extraño i discordante duo que ámbas formaremos: vos riendo de los gigantes i de ese otro enemigo que no os atreveis a nombrar en voz alta, i divertida en verlos empeñados en oponerse al paso de la mujer que pretende salvar el dintel de su hogar, i yo lamentando que se le intercepten las vias que la ilustración i el progreso le señalan.—Cuánto envídeo esa feliz particularidad de vuestro carácter, que os hace ver todas las cosas por el lado risueño, i cuánto deploro la fatalidad del mio, que me presenta siempre los objetos bajo un aspecto sombrío i tétrico!

Yo no puedo observar, sin sentirme lastimada, la hostilidad manifiesta de nuestra culta sociedad hacia la mujer que, pugnando por salir del estado de crisálida, intenta tender el vuelo a las rejas del pensamiento i de la luz. No me explico esa extraña anomalía que vos me habeis hecho notar en un párrafo de vuestra carta, a propósito del cual os referiré un diálogo entre un jóven i su prometida, que acaba de llegar a mi noticia.

—Las mujeres literatas, Adela, me hacen el efecto de harpias, decía el jóven; i cuando a ellas me acerco, yo temo, a falta de garras, me arañen con sus plumas.

—Me sorprende, Alfredo, oiros hablar de esa manera.—Cómo! ¿tan pronto habeis cambiado de opinión? Ayer no mas os quejábais de lo fastidiado que habíais estado en cierta tertulia, donde no encontrásteis sino jóvenes frivolas, de trato insípido, i hablábais del encanto que se halla en la conversación de una mujer instruida, i ahora decis que las literatas os infunden espanto!

—Sin embargo, Adela, no hai contradicción en ésto. Me agrada la mujer ilustrada, en tanto que no hace gala de serlo; pero cuando la veo armada de una pluma, escribiendo para el público, se me hace antipática, me horripila...

—I si alguna de esas harpias, Alfredo, dijo Adela dirigiéndole una expresiva mirada, hubiera escrito para vos una página... así... por el estilo de Lamartine, una de esas páginas que van directas al corazón, ¿qué diríais?

—Oh! yo le diría, contestó Alfredo algo turbado: puesto que yo os he inspirado esa página, guardadla para mí solo, i no arrojeis al viento de la publicidad los tesoros de vuestro corazón.

—I a la que escribiese sobre materias sociales o políticas, ¿qué le diríais, Alfredo? interrogó Adela después de una ligera pausa.

—Le aconsejaría que no gastase en vano su pluma i su tinta, pues la voz de la mujer—dispensad, Adela, mi franqueza, algo brusca en verdad—no tiene aun bastante autoridad para ser escuchada.—Os diré lo que oigo a este respecto en todos los círculos que frecuento: Quién hace caso de lo que escriben las mujeres! ellas se pierden de continuo en las brumas de su imaginación nebulosa; andan a tientas, dando un paso adelante i otro atrás; se contradicen a cada momento, i es imposible atinar adónde van i qué es lo que quieren.

—Tal vez ésto consiste, replicó Adela, en que la mujer, entre nosotros, se halla todavía en la infancia; i así como el niño tiranizado en su casa, tartamudea i vacila al hablar, temiendo los reproches que a cada instante se le dirijen, así ella no se atreve a manifestar por completo su pensamiento; pero alientesela un poco, i entonces dirá sin embozo a lo que aspira i adónde camina.

—Si los editores de «La Mujer» os oyesen, dijo Alfredo riendo, ya os habrían pedido algún articulito para su periódico.

—Me lo han pedido, i ya lo tenía escrito; pero...

—Acabad, Adela. No lo tendrán... ¿no es verdad que eso significa vuestra reticencia?

—Lo habeis adivinado, dijo Adela. Oh! Alfredo, yo no quiero pareceros una harpía, i os prometo romper la pluma con que lo he escrito.

Guardadla, mi querida Adela, para firmar nuestro contrato matrimonial, dijo Alfredo con cariñoso acento.

¿Qué os parece la anécdota, Hortensia? No se os representa Alfredo como la encarnación viva de las preocupaciones que, cual una fuerte aunque invisible red, aprisionan el libre pensamiento de la mujer?

Como Alfredo, piensa la gran mayoría, i desde luego yo me declaro vencida en lucha tan desigual. Venid vos, que tan valiente sois, a reemplazar en mi puesto, i nuestra causa ganará seguramente en ello.

Es demasiado débil para hacerse oír, la voz de vuestra

RAQUEL.

Una visita a la Casa de la Providencia.

La lectura de un artículo del *Ferrocarril* nos conmovió profundamente: en él se trataba de la descripción de la Casa de la Providencia, una de las más grandes i sublimes instituciones del cristianismo, ese grito del alma que traspasó el corazón de San Vicente de Paul, i que aun los más egoistas no podrán escuchar jamás sin estremecerse.

Quisimos ver por nosotras mismas, esa casa tan bien descrita por el articulista, i al efecto, nos trasladamos a ella. Al entrar, no pudimos menos de experimentar un profundo estremecimiento de tristeza al contemplar a esas pobres criaturas tan cándidas, tan inocentes, tan confiadas, sin preocuparse absolutamente de la suerte que mas tarde podrá tocarles.

El régimen del establecimiento nos pareció excelente; lo mismo el gran esmero, cuidado i tierna solicitud con que sus dignas directoras—las Hermanas de la Providencia—desempeñan su santa misión. Lo único que, a nuestro modo de ver suprimiríamos, son las palabras alusivas de su triste situación, que se encuentran en las inscripciones que hai en los corredores i salones de la casa, i aun en los cantos que se les hace entonar diariamente a los niños, i en que se les recuerda a toda hora, que son huérfanos abandonados por los seres que les han dado la vida. Tememos que ésto haga nacer en sus tiernos corazones un sentimiento de odio i aversión hacia las personas a quienes deben la existencia,—resentimiento que en muchos casos podría ser injusto! Cuántos de entre ellos serán hijos de alguna pobre mujer que ha espirado al darles la vida, i que, no teniendo en este mundo mas patrimonio que su propio trabajo, se lo ha llevado consigo a la tumba!—Cuántos otros tendrán por madre alguna infeliz víctima de la seducción, que demasiado inocente e ignorante, de las consecuencias de su falta, se encuentra de repente loca, desesperada, sin hallar qué partido tomar, no atreviéndose a confiar a sus padres su desvío, i prefieren recurrir a la caridad pública. La sociedad, inexorable para estas faltas, es muchas veces injusta, haciendo caer todo el peso de su reprobación sobre la mujer que en estos casos tiene que ser el ser fuerte por excelencia, pues necesita combatir, no solo sus propias pasiones, sino también las insinuaciones de la persona en quien ella confía i en quien cree tal vez haber encontrado un protector. Así, mientras el mas culpable permanece tranquilo i es acatado i considerado, los hijos, completamente inocentes de las faltas de sus padres, vienen a ser, en cierto modo, los responsables; pues por una incalificable injusticia, la sociedad les echa en cara esta falta como un baldón.

A nuestro modo de pensar, merece mas aprecio i estimación aquél que, sin haber recibido un nombre, ha sabido conquistárselo i hacerlo respetable por medio de su laboriosidad, honradez e inteligencia, que el que habiéndolo recibido sin tacha, no ha sabido mas que enlolo dar

¡Ojalá pudieran remediar estas injusticias! i ojalá pudieramos hacer comprender a las mujeres las funestas consecuencias de su exesiva credulidad en la providad de los hombres. Así se evitarián muchas desgracias i el triste espectáculo de tantos hijos sin nombre verdaderos páradas en una sociedad en que todos debemos ser iguales, así como todos somos iguales ante los ojos de Dios.

MERY.

REVISTA SEMANAL.

—«Al que de ajeno se viste, en la calle lo desnudan,» dice un proverbio vulgar, i a fe que encierra una gran verdad. Pero ésto no es el todo. Si nuestra memoria no nos engaña, la anterior pena es sin perjuicio de lo que dispone el Código Penal i también de los azotes que establece la lei sobre el vandalaaje.

Todo eso es muy cierto; i luego, ¿a qué vienen esas verdades de Pedro Grullo? estoí segura que más de alguna de mis lectoras se preguntará entre sí.

A mí, que no me gusta de misterios ni de dar antecedentes, voi a satisfacer tan justas exigencias.

Es el caso que en la Serena se publica un diario....(¡nada de nuevo!) que este diario se llama *El Progreso*, como pudo titularse *El Retroceso*....(¡tampoco nada de nuevo!) pero lo que llama la atención es que el tal diario le guste vestirse con plumas ajenas i salir adornado con lo de los vecinos, i no sea capaz, ni siquiera por cortesía, de dar a cada cual lo que es de su cosecha.

Si quiso reproducir el artículo titulado *La hija de San Vicente de Paul*—traducción exclusiva de nuestra colaboradora señora Enriqueta Calvo de Vera,—debió no haber ocultado ni el nombre de la traductora, ni tampoco haber descuidado el citar de donde lo tomaba.

La República reprodujo ese artículo, i supo cumplir con su deber. Así debió haberlo hecho *El Progreso* de la Serena, sobre todo cuando se trata de quitar la poca gloria de una publicación nueva i debida a plumas de escritoras que comienzan su carrera literaria, i que no les gusta ser defraudadas de lo que les pertenece, ni que nadie se aproveche de sus trabajos.

Sufra, pues, *El Progreso* el bochorno de ser desnudado de ese traje con que quiso lucirse a costa ajena. Todo robo tiene su pena.

No se crea, por otra parte, que somos demasiado susceptibles.

Si se tratase de un simple delito, habríamos guardado silencio; pero el hecho está revestido de circunstancias gravantes: el robo ha sido cometido contra una nueva publicación, i se ha despojado de su trabajo a una señora; i el robar a señoras es cosa que la lei castiga severamente.

Merece *El Progreso* de la Serena, a mas de las penas a que se ha hecho acreedor, por lo menos veinte i cinco azotes, de acuerdo con la lei de 3 de agosto último, i sin consulta al Consejo de Estado; i en vez de ser flajelado por la mano dura del verdugo, que lo sea por los cajistas de su imprenta.

Puede que así la enmienda venga pronto.

Por despedida, enviamos al colega estas coplas:

«Al que roba, en las costillas
Zurrar bien fuerte debieran,
Si con *Progreso* lo hicieran
Le harian en breve... astillas.»

«Echate al costal «*Progreso*»
Cuanto pillos a tu altura,
Que así pronto i sin molestia
Grande serás... por tus uñas!»

Dicho ésto, ¡abur, señor Progreso!

* * *

La cuestión médica, o para hablar con más propiedad, la elección del Protomédico que debe reemplazar al señor Aguirre, se encrespa cada día. No ha faltado quien nos diga que nuestro artículo anterior ha caído como bomba sobre ese

cuerpo de doctores, i que muchos han creido que tratamos de quitar la gloria al señor Diaz para darla al señor Aguirre.

¡Despacio por las piedras! Jamás hemos tenido en vista abanderarnos en favor de nadie.

Conocemos al señor Diaz, apreciamos su talento, i su competencia no estriba en lo que nosotras digamos. Por eso puede el señor Diaz descansar tranquilo; porque si nosotras nada le damos, tampoco nada le quitamos.

Terciamos incidentalmente en la cuestión: no tenemos votos, i creemos tan digno al señor Diaz como al señor Aguirre de tan elevado puesto.

¡Que venga la hora de la prueba, i el que salga victorioso, tendrá de Safo un aplauso!

* *

Para desagravios, basta lo anterior.

El señor Athos nos ha hecho justicia.

Ha visto que nuestra crítica ha sido seria, noble i digna de la cultura de nuestras columnas.

En efecto, ¿por qué el señor Athos había de ver solo elogios a sus escritos, que, de paso sea dicho, bien lo merecen, i no permitirnos el que dijéramos que a veces es pasionista? Acaso no es el señor Athos hombre de ideas? Si lo es, ¿qué raro entonces que su entusiasmo lo lleve a veces más lejos de aquello que quisieramos las que miramos las cosas i las personas a sangre fría i bajo un prisma distinto del político i del escritor entusiasta i valiente?

* *

Gran entusiasmo reina entre los literatos i artistas, a causa del decreto de 1.º del corriente, del señor Ministro Amunátegui, relativo a los certámenes con que deben celebrarse las próximas festividades de la Patria.

Como los temas son variados, todas las inteligencias se preparan para esa lucha del progreso.

Sabemos que, entre otros, el señor Vicuña Mackenna está escribiendo algo para ocurrir a ese certámen.

Los artistas escultores, Blanco, Plaza i Romero trabajan con entusiasmo.

Blanco, presentará un busto del señor Amunátegui; Plaza, otro del señor Philippi, i Romero, uno del distinguido caballero señor Paraf.

El poco tiempo acordado para estos trabajos a nadie le ha arredado. El amor a la gloria puede tanto!

Las comisiones jurados tomarán esto en cuenta i no serán por lo tanto tan exigentes que olviden todas las circunstancias que existen en favor de los que tomen parte en tan noble lucha.

Nuestro poeta, señor Rosendo Carrasco se ocupa también de trabajar en este sentido.

La fiesta será espléndida i los victoriosos ornarán sus frentes con un laurel bastante meritorio.

El llamado del hábil Ministro de Instrucción Pública tendrá eco i él estará satisfecho de su obra.

¡Loor eterno a tan noble inteligencia!

* *

La reforma de la Constitución ha pasado ya el Rubicón!

¿Qué decir ahora del Senado, después de la votación del miércoles último, en que aprobó la reforma de los artículos de nuestra Constitución, que eran la rémora i el escollo para entrar a una vida de progreso?—Este respetable cuerpo, sin temor a rancias preocupaciones i solo inspirado en sentimientos nobles, ha visto con justicia la necesidad de la reforma i ha abierto la puerta que impedia entrar a ese inespugnable castillo.

Tal vez los manes de nuestros antepasados aplauden a estas horas este paso, i si ellos pudieran levantarse para decir a sus descendientes que han sostenido su obra i que han hecho mal, grandes voces oiríamos sus opiniones.

Aquellos tiempos han pasado. La sociedad presente tiene exigencias que es imposible desatender. El progreso no puede estar estacionario. Todo avanza; ¿por qué el Senado había de ya a quedar estacionario i no acceder a la reforma?

¡Gloria i honor a esos padres de la Patria!

Las generaciones venideras esculpirán con letras de oro sus nombres, para que ellos sean inmortales i agraciadas les tributarán el elogio que merece su patriotismo i su saber!

* *

¡Qué novedad, qué sensaciones tan agradables, qué entu-

siasmo tan vivo han despertado los cóndores sellados en la Casa de Moneda, parte de las barras de oro entregadas por el señor Paraf!

Al fin, la duda se disipó: los incrédulos convencidos, por la fuerza de los hechos, han doblado sus cabezas i exclaman: «*Es verdad.*»—Paraf es, pues, el hombre que nos trae la abundancia; que nos saca de un conflicto i nos hace entrever horizontes llenos de hermosas esperanzas.

¡Bendito el hombre que sabe los secretos de un prodigo tan importante para todos!

Pero ésto no es nada; es solo el comienzo de los resultados de los trabajos que se están haciendo para la realización de ese proyecto gigantesco. El gran establecimiento que a todo costo se hace en el lugar denominado «Higueras de Zapatas» prueba que no se trata de una broma ni de una farsa.

¿A qué botar tantos miles de pesos si el señor Paraf i sus socios no tuvieran conciencia i seguridad de los buenos resultados de la empresa?

Rendimos hoy al señor Paraf nuestros homenajes; le saludamos como a un nuevo Mesías; i Chile, agradecido, sabrá recordar su nombre i grabarlo allá donde lo exige la magnitud de su colossal pensamiento i la justa fama que le da ese secreto arrancado a la ciencia por el estudio i la observación.

Chile no ha sabido nunca ser ingrato con sus huéspedes ilustres i con sus grandes benefactores.

¡Fe en el porvenir, i todo se habrá alcanzado!

Las grandes obras no se realizan a la medida del pensamiento. Despacio se marcha lejos, dice un proverbio árabe.

Es preciso vencer obtáculos i salvar las dificultades que encuentra toda obra nueva, todo pensamiento grande i toda empresa colosal,

¡Un hurra a Mr. Paraf!

* *

Espléndida estuvo la *soirée* del sábado último dada en la Filarmónica.

Lindas jóvenes asistieron a esa tertulia, dándose exacto cumplimiento al programa del Directorio.

Para ser hermosa, no es necesario lujo. La modestia i la sencillez son el mejor adorno en una joven.

El lujo corrompe al corazón, i como se ha dicho, él hace interesable a la mujer, i la interesada i ambiciosa se encuentra a merced del que tiene dinero. Lejos de una joven tales ideas, puesto que si se apoderan de ella, atropella con facilidad honra, dignidad i virtud.

Desdichada la que por obtener lujo, sacrifica tan ricos tesoros! Dado el primer paso en esa pendiente, ¿quién puede responder de las consecuencias?

Pero basta de estas breves digresiones para moralizar.

Vamos al grano.

Allí se pasaron momentos agradables.

Las jóvenes lucieron sus gracias i encantos. El martirio de las mamás no fué tan largo. La viacrucis de las ancianas se hizo llevadera, a tal punto que la de esta noche ha de estar tan concurrida o mas que la anterior.

Id allí, hermosas jóvenes, a buscar lo que apeteceis.... id allí a seguir la conversación pendiente hasta que la incógnita se despeje i encontreis esa suerte que anhelais!

* *

Ya que hablamos de bailes, ¿qué decir de la fiesta que se prepara en la Alhambra de la calle de la Compañía i que hoy es propiedad del señor don Claudio Vicuña?

Dicimos la Alhambra de la Compañía, para que no creais que quiero trasportarlos a ese palacio de los reyes moros, que han contado los poetas i que ha servido para mil descripciones de hábiles escritores i para otros tantos cuentos fantásticos.

En Santiago tambien ha' su Alhambra en miniatura, o como diría el doctor García, *homeopática*. Allí se prepara una fiesta fantástica, i en la que se bailará el famoso *Cotillon*, que es lo que está en priva en el mundo elegante, como buen imitador de lo francés.

El *Cotillon* deja a la señorita la libertad de buscar su compañero.

Este es un progreso. Ya las feas no estarán condenadas al olvido en los salones: ellas podrán hacer su diligencia i salir de su abandono.... ¡Pobre ahora de los viejos i de los feos!

Los trajes es lo que preocupa a la elegancia.

— Cada familia devora las páginas de la historia para estudiar esas épocas galantes i caballerescas i formar su traje.

El entusiasmo es febril.

La Alhambra del señor Vicuña estará el 16 del entrante artisticamente preparada e iluminada *a giorno*.

Qué espectáculo tan agradable presentará aquella fiesta rejia!

Para esto no hai crisis. El oro Paraf obra prodijios.

El pequeño monarca de la Alhambra de la Compañía estará esa noche festejado, felicitado, acompañado, i todos los en *ado* que el lector quiera agregar.

¡Felices los que saben gozar con sus riquezas!

SAFO.

FOLLETIN.

EL RAMO DE VIOLETA.

NOVELA ORIGINAL

POR LA SEÑORA LUCRECIA UNDURRACA, V. DE S.

El 25 de julio del año 1874 tenía lugar una gran función en el Teatro Municipal. Se cantaba la *Traviata*, esa tierna i sublime partitura de Verdi por la que el público sautiaguino ha manifestado siempre una preferencia muy marcada.—El interesante rol de la desdichada i dulce Violeta debía ser interpretado por Elena Varessi, esa joven i simpática artista cuyo elevado genio musical causó las delicias del mundo dilitante durante su corta permanencia entre nosotros. Lo que llevamos dicho, basta para significar que la concurrencia era numerosa i escogida, la noche a que nos referimos.

El primer acto de la ópera enunciada había ya terminado en los momentos en que comienza esta historia.

Una multitud de caballeros, alegre i bulliciosa, invadía el *foyer* i los pasillos del teatro.

Se hacia entusiastas comentarios sobre la manera verdaderamente admirable con que la Varessi había ejecutado la parte que le correspondía en ese primer acto.

Numerosos grupos de *amateurs* habían quedado en la platea contemplando la brillante falange de señoritas i señoritas que llenaban en su totalidad los palcos de primero i segundo orden.

Millares de anteojos dirigían sus fuegos hacia este flamante ejército de encantadoras beldades, envueltas en vaporosas i lucentes gasas como las etéreas huras del Profeta.

En todos los ámbitos del soberbio Coliseo se dejaba oír ese sordo i animado murmullo, propio de las grandes aglomeraciones de gente, cuando reina en ellas la alegría i satisfacción.

En los palcos se charlaba con viveza, haciendo pasar por una minuciosa revista a cada una de las damas en expectación.

— ¡Qué magníficos brillantes trae la X*** decía una elegante dama. Qué diadema tan preciosa! El fulgido brillo de sus joyas casi la ofusca.

— Por eso viene al teatro, contestaba su compañera, para lucirlas. Es curioso observar a la X. cuánto se fastidia una vez que ha transcurrido el tiempo que ella juzga necesario para hacer admirar sus brillantes.

— ¿Serán verdaderos? añadía la primera de nuestras dos murmuradoras, asestando sus anteojos a la que era objeto de estos picantes comentarios.

— Difícil sería averiguarlo, replicó su interlocutora.

— Creo que se los han traído de Europa, i como dicen que en ese gran mundo han alcanzado a tanta perfección las imitaciones, puede que sean falsos, no todos, sin embargo, porque la X. es bastante rica para tener brillantes finos.

— ¡Vaya si eres inocente! continuó bajando los anteojos la extática admiradora de las valiosas joyas de la señora X.

— Esas ricas son muchas veces las que menos gastan en lujosos aderezos. Yo apostaría diez contra uno a que los tales brillantes son falsos, por lo menos la mitad. ¡Lo que es la vanidad! Yo no llevaría jamás falsos relumbrones;

o tenia bastante dinero i desprendimiento (que es lo que me parece le falta a la X.) para llevarlos verdaderos o me pasaba sin ellos.

I nuestra comentadora arrojó una última mirada a la que habia dado lugar a estas observaciones.

Un poco mas allá se repetia la misma escena, con algunas variantes.

Oigamos.

—Esto es inaudito, decia una señora, que se encontraba ya er el otoño de su vida.—¿Qué te parece lo que hace la B.? En todas partes se presenta con el mismo compañero. ¡Qué capricho de llamar la atencion de una manera tan inconveniente! No tendrá en su casa quien le dé un buen consejo. I su marido ¿dónde está, qué es de él, por qué la abandona, por qué se descuida dando lugar a que el señor A. se aproveche de su ausencia?...

—Los maridos! interrumpió la que escuchaba tan justa alarma... Los maridos, como dice Dumas, son los mismos en todas parte; tienen los ojos vendados; si alguna vez llegan a ver, son siempre los últimos.

—¡Qué desgracia! siguió diciendo la dama escandalizada. Pobre niña! tan joven i tan bella comprometer así su buen nombre.

—No te desesperes, replicó la admiradora de Dumas. La B. es bastante rica, i tú sabes que en Santiago, teniendo fortuna, se hace lo que se quiere i no hai murmurador bastante osado que se atreva a chistar siquiera. Las leyes sociales son como todas las leyes; fuertes muros para los pequeños, los humildes, tela araña para los poderosos i los soberbios; i el dinero es lo que da mas poder i altanería.

Como puede juzgarse por estas últimas palabras, las censuras tomaban un carácter grave, i nuestra filósofa hubiera tocado quién sabe que extremo en su moral disertacion, si el ligero rechinar de una puerta que se abria, no hubiera venido a interrumpirla imprimiendo un nuevo jiro a sus ideas. Ah! dijo, ved ahí a Julia que llega, interesante i bella como siempre.

En efecto, la señora Julia Almeida de Prado entraba a su palco seguida de una dama i tres caballeros que la acompañaban.

La llegada de Julia produjo una sensacion profunda i general. La charla de los palcos cesó de súbito; la platea, que hasta entonces habia dividido su admiracion entre todas las beldades que descollaban en medio de la concurrencia femenina, como descuello la fragante rosa en un verjel, concentró todo el poder de sus ardientes miradas en la que acababa de llegar.

Nos parece tener derecho para suponer interesado al lector por conocer a la que con solo su aparicion, como via de tal manera nuestra sociedad, tan flemática i pacífica por lo regular.

Aceptando nuestra suposicion, vamos a complacerle.

Julia pertenecia a una familia distinguida de Santiago: eran sus padres el señor José Almeida i su señora esposa Mariana Perez.

Julia habia contraido matrimonio hacia dos años con el señor Federico Prado, jóven peruviano, de noble orígen i de gran fortuna.

El matrimonio de Julia se verificó en Santiago; pero envuelta aun la dichosa pareja en la suave i plácida irradacion de la luna de miel, partió para Lima, donde debia fijar su residencia.

El mundo de los bailes i los teatros, el mundo del buen tono, en una palabra, de donde fué arrebatada Julia en toda la plenitud de su belleza i juventud, habia casi sepultado ya su recuerdo en la ardiente vorájine de reveses i novedades que la arrastra, cuando un inesperado dia supo, con agradable sorpresa, que la hermosa autente se encontraba de nuevo en Santiago.

Este acontecimiento tenia lugar dos meses ántes de la época fijada al principio de nuestra narracion.

Julia volvia, pues, a su patria, i volvia como se vuelve generalmente del destierro: velada por un sombrío i melancólico tinte de leyenda.

Desde luego, su marido no la acompañaba: asuntos de familia retenian al señor Prado en el Perú, decia ella.

La leyenda no aceptaba esta explicacion i quizá no le faltaba razon: no se deja partir sola, a los dos años de matrimonio, a una mujer jóven i bella. Si hai asuntos tan importantes que no pueden abandonarse, la mujer espera. Acaso una mujer amante—i Julia tenia todas las apariencias de serlo—puede separarse de su marido por cualquier motivo que la obligue a ello, exceptuando únicamente el imperioso i triste deber de acudir al llamado de un padre o de una madre, o de un hermano moribundo. I afortunadamente para Julia, ninguna de estas crueles desgracias habia venido a enlutar su hogar.

Algunos, viiniendo en auxilio de la leyenda, decian que Julia era mui desdichada, su marido la abandona, i ella, huyendo de este abandono, venia a refugiarse en medio de su familia, sus amigos, su patria, en fin. La pobre niña no volverá al Perú, agregaban; ha sufrido mucho lejos de los suyos para que tenga la fuerza de volver.

Otras, se sabe lo que es ésto de principiar a escudriñar la vida ajena, pues cada uno dice algo sin hacerse rogar; otros añadian sonriendo, que Julia tenia algo de la mujer abandonada de Balzac, a quien no faltaban consuelos ni consoladores; representados los primeros por 20,000 pesos de renta puestos a su disposicion por la liberalidad del señor Prado, i los segundos por un emjambre de adoradores que pululaban a su rededor atraidos muchos por sus riquezas i algunos por lo romanesco de su posicion.—Es siempre la primera donde se le ocurre presentarse, continuaban, tanto por su lujo como por su hermosura, i no sabemos de ninguna mujer que se crea desdichada pudiendo contentar su vanidad hasta ese punto. Oh! la vanidad de las mujeres, i un expresivo jesto concluia la frase.

Parece que estos señores nos conocian un poco, ¿verdad, lectoras?

(Continuará)

ADVERTENCIA.

Se ruega tanto a las señoritas de esta capital como a las de provincia, se sirvan dirigir sus artículos de colaboracion a esta oficina, bajo el rubro de: «A los E. E. del periódico «LA MUJER».

Se admitirán todas las composiciones de las señoritas que quieran honrar con sus escritos las columnas de nuestro periódico, aunque sus nombres no se encuentren inscritos en la lista de las colaboradoras.

AVISOS.

Se cobrará dos centavos por palabra en la primera insercion i la mitad de este precio en las subsiguientes.

Avisos, de las dimensiones i tipos que se pidan, a precios módicos.

En los avisos por semestres o por año, se hace una rebaja considerable.

SUSCRICION.

AÑO.....	\$ 8 00
SEMESTRE.....	" 4 00
TRIMESTRE.....	" 2 00
NUMERO SUELTO.....	" 20

RODOLFO A. ECHEVERRIA,
Editor.